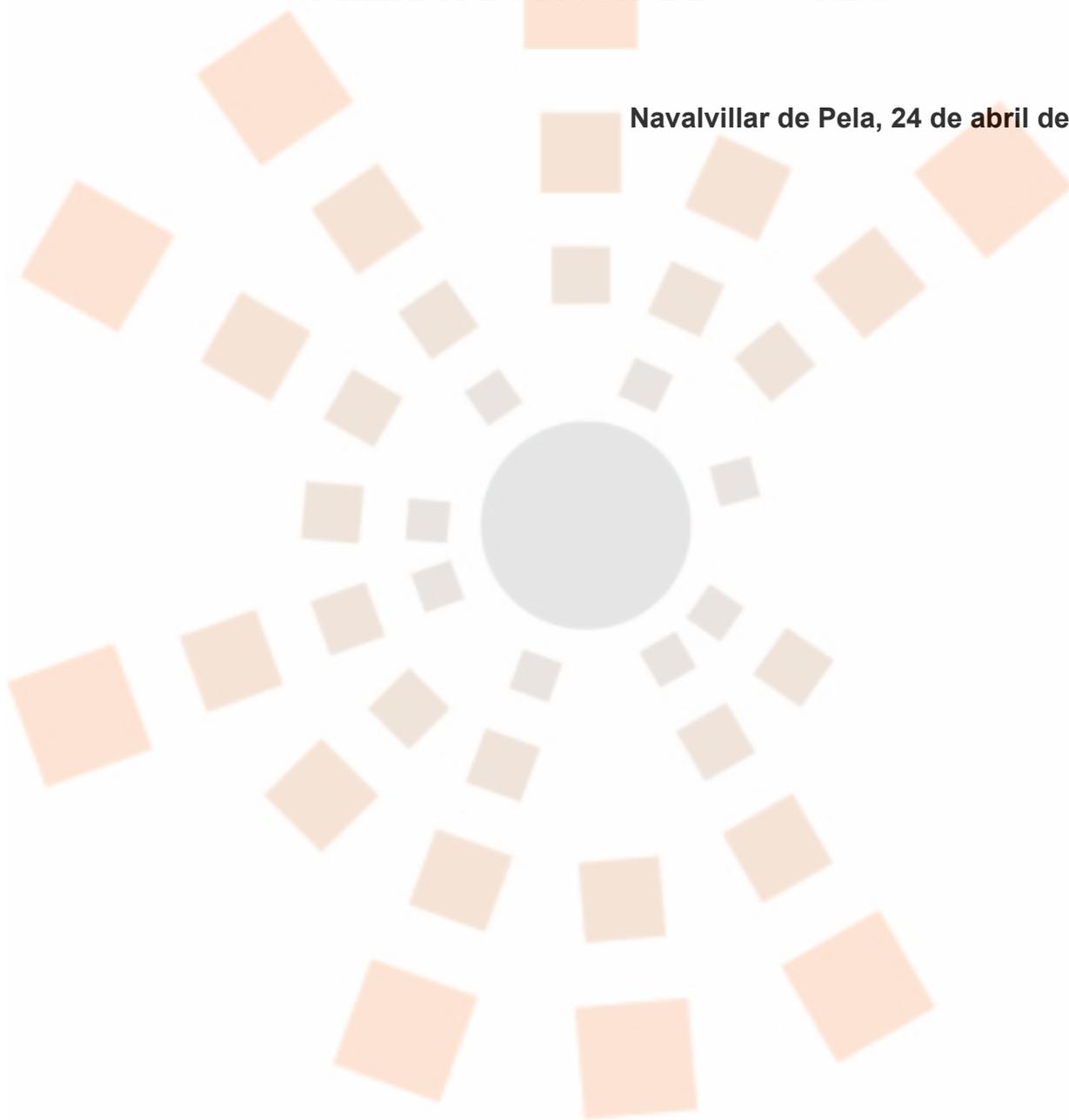


**INTERVENCIÓN DEL EXCMO. SR. PRESIDENTE EN LA
INAUGURACIÓN DEL EDIFICIO ANEJO A LA CASA DE CULTURA Y
DEL PABELLÓN POLIDEPORTIVO DEL IES, VISITA A LA AULAS DEL
INSTITUTO Y AL CENTRO ESPECIAL DE EMPLEO DE LA SOCIEDAD
PELEÑA DE MINUSVÁLIDOS SOPEMI**

Navalvillar de Pela, 24 de abril de 2003



INTERVENCIÓN DEL EXCMO. SR. PRESIDENTE EN LA INAUGURACIÓN DEL EDIFICIO ANEJO A LA CASA DE CULTURA Y DEL PABELLÓN POLIDEPORTIVO DEL IES, VISITA A LA AULAS DEL INSTITUTO Y AL CENTRO ESPECIAL DE EMPLEO DE LA SOCIEDAD PELEÑA DE MINUSVÁLIDOS SOPEMI

Navalvillar de Pela, 24 de abril de 2003

Muchas gracias, querido alcalde, presidente de la Diputación, director del Centro, responsable del Centro de Empleo, querido amigo Antonio, Claustro de profesores, señoras y señores, alumnos y alumnas.

En esta mañana de Navalvillar de Pela hemos estado en un Centro Especial de Empleo, en la inauguración de la ampliación de la Casa de Cultura, del Centro Socio-Cultural, en la inauguración de un Pabellón Polideportivo y de paso ver cómo se inicia la experiencia de la Sociedad de la Información en el Instituto de Pela y, después, de aquí nos vamos a un Centro Hortofrutícola. Cuatro, cuatro experiencias que, aparentemente, no tienen nada que ver entre sí, pero que, sin embargo, tienen un hilo conductor. Yo también tuve, -puesto que estamos en un instituto, y hay gente joven aquí-, yo también tuve 12, 13, 14 años, como muchos de los que estamos aquí mayores, también tuvimos esa edad, también la tuvimos. Y lo que yo recuerdo de mis tiempos de 12, 13, 14 años era que los niños y las niñas que hoy están en el Centro Especial de Empleo, en Navalvillar y en otros Centros Especiales de Empleo de Extremadura, -cuando recibimos la competencia había 18 Centros de Empleo Especial y ahora hay 68 Centros de Empleo Especial-, cuando yo tenía esa edad, queridos jóvenes, sabéis lo que se decía de esos muchachos, de las M^a Dolores de entonces que ha descubierto la placa, ¿sabéis lo que se decía? Que eso era consecuencia del pecado, eso era consecuencia del pecado. ¿Qué es lo que se dice hoy? Que eso es consecuencia del amor, del amor. Esa es la diferencia clara. Del pecado al amor.

Yo creo que casi no tendría que explicar más. Porque es amor lo que hay ahí. Amor de los padres hacia esos muchachos y esas muchachas y amor de esos muchachos y esas muchachas hacia los padres y hacia la sociedad. Son la gente que más necesita, la que más necesita, la que más, porque todo el mundo decimos ahora que ya han salido de su ocultamiento y están a la luz, como no podía ser de otra forma, y de los que nos sentimos orgullosos, yo me siento muy orgulloso, muy amigo de ellos, sé que me quieren y yo les quiero. Todo el mundo dice: no, no, tienen todos los derechos, como cualquier ciudadano. No podía ser de otra forma, la Constitución dice que todos tenemos los mismos derechos, todos, por ser españoles. Pero, la pregunta no sería esa, si yo fuera padre o madre, o fuera niño o niña en esas circunstancias, diría: oiga, no me reconozca usted los derechos, esos ya los tengo reconocidos, ¿me reconoce usted las necesidades? Porque esa es la cuestión, es decir, derechos sí los tenemos todos reconocidos, pero las necesidades que tienen

estos muchachos y estas muchachas son reconocidas por la sociedad ¿sí o no? Y esa es la respuesta que hay que dar. Porque todos tenemos los mismos derechos pero no todos tenemos las mismas necesidades. Unos tienen más, otros tienen menos, unos tienen unas necesidades de una forma y otros tienen otras necesidades de otra forma. Y si reconocemos que hay colectivos en Extremadura, como en España, que tienen necesidades diferentes, después, la exigencia debería ser: si usted reconoce que tienen necesidades diferentes, haga usted lo posible porque esas necesidades estén cubiertas.

Y en esto se basa todo. Y si se responde que sí, si se responde que sí, entonces, estaremos construyendo una sociedad como las personas, como las personas hacen la sociedad. Si no respondemos y nos limitamos a vagas declaraciones de los derechos de los discapacitados o patatín, patatán, al final, estaremos construyendo la sociedad como los animales, que también hay una sociedad de animales y lo veréis en las series que hay en la 2 National Geographic, etc., veréis cómo los animales construyen su sociedad. Y hace ya un año o dos que yo vi una manada de elefantes que iban caminando, caminando, caminando en busca de los comederos para beber y un elefantito cojo se iba quedando, se iba quedando y el resto de la manada iba avanzando, avanzando, avanzando; no miraba nunca para atrás, no sabía quién se quedaba atrás y se quedó atrás, el elefante cojo, y se murió. Si esa sociedad de animales hubiera mirado para atrás y hubiera visto que alguien se quedaba atrás hubieran parado la marcha, hubieran ido un poquito más lento, hubieran llegado a comer con toda seguridad, pero hubieran llegado todos juntos. Pero los animales no miran para atrás, las personas sí y, por eso, yo prefiero estar dirigiendo una región donde miremos, de vez en cuando, para atrás y si tenemos que parar, paramos y, si tenemos que llegar un poquito más tarde, llegamos un poquito más tarde pero todos juntos, todos juntos. Y eso significa que en la sociedad no solamente tenemos que hacer declaraciones, sino que tenemos que asumir lo que esa declaración significa. Y mirar para atrás no es ver cómo se quedan, es poner los recursos económicos para que no se queden y para que puedan seguir acompañando al resto de la manada humana. Poner dinero. Y poner dinero significa quitar de otros sitios y aceptar que se quita de otros sitios. A esto se resume todo y en esto se resume todo el mensaje que yo quiero transmitirles a ustedes. Y me propongo seguir en esa línea. Y me propongo aguantar que, de vez en cuando, nos digan: oiga, pero van ustedes más lentos que los demás. Sí, sí es verdad y en lugar de haber hecho 68 Centros Especiales de Empleo, donde la gente pueda tener una actividad, pueda sentirse útil, que es lo importante en la sociedad, ese dinero lo podía haber empleado en hacer un gran parque temático de no sé qué y estaríamos mejor, iríamos más rápido, tendríamos mejor prensa, pero tendríamos mucha gente detrás.

Así que, yo prefiero que me critiquen por ir más despacio pero ir todos juntos, para que nadie se quede atrás. Yo también tuve 13 años y 14 años y sé lo que pasaba en las escuelas y en los institutos de nuestra región, casi diría en el instituto de nuestra región, porque había dos: uno en Cáceres y otro en Badajoz. Y en las escuelas, queridos amigos, queridos jóvenes, de mis tiempos, de mis tiempos, aparte de que no tenía nada que ver con esto, ni se parecía en lo más mínimo, la mayoría en los pueblos eran unitarias, un profesor para cuatro o cinco cursos, -ya me contaréis lo que podíamos enseñar, y yo fui también maestro, lo que podíamos enseñar-, en el mismo aula, en la misma clase a los de primero, a los de cuarto, a los de sexto, el mismo profesor enseñando lengua, matemáticas, literatura, religión, lo que se pusiera por delante, lo que se pusiera por delante.

Ese no era solo el problema, el problema era que la mayoría de la gente cuando cumplían 11 años de edad se marchaban de la escuela. Y ¿por qué a los once años? Porque era cuando empezaba primero de bachillerato y se marchaban de la escuela. Y ¿dónde se marchaban? No se marchaban la inmensa..., el 99% no se marchaban a unos centros mejores, no se marchaban a otras regiones, eso era una minoría muy pequeña cuyos padres tenían recursos económicos y se podían permitir el lujo de mandar a sus hijos al mejor centro que había en España o en la región, normalmente eran centros privados. El resto de los muchachos y de las muchachas que salían de la escuela a los once años se iban al campo o se iban a la emigración con sus padres.

Éste era el panorama, éste era el panorama. Y, ahora, la situación es radicalmente diferente, pero con esto no digo nada, porque si yo fuera joven como vosotros, yo preguntaría, también, al político de turno y le diría: oiga, está muy bien, nos ha hecho usted un instituto, nos ha puesto unos ordenadores, nos ha puesto usted un pabellón polideportivo, indica que usted tiene una idea de la educación diferente de la que había, porque no había, este instituto se hizo y no pusieron pabellón polideportivo ¿por qué no pusieron pabellón polideportivo? Porque se consideraba que, total la educación física era una maría, los mayores saben lo que es las marías, los que estudiaron, lo que no tenía importancia, la música, la religión, la educación física..., las marías, que además las daba cualquiera, porque no había ni titulados. Normalmente las daba un profesor, el que no tenía muchas horas de clase y se ponía con el pito apoyado en el quicio de la ventana con un cigarrillo y a pitar y a correr y a dar vueltas al patio. Esas eran las marías y como las marías no tenían importancia, pues no se hacían polideportivos, ¿para qué?, si eso no tenía importancia.

Y nosotros hemos dicho: sí, sí, lo que antes se llamaban marías: plástica, música, educación física, tienen tanta importancia como las matemática y la lengua, tanta, tanta, no digo más, pero tanta como esa. Así que es una concepción distinta. Pero, si yo fuera alumno, repito, y joven, con trece, catorce, quince años, no solamente diría: oiga, ¿qué es lo que va a hacer usted y qué es lo que está haciendo por mí? No, yo preguntaría: oiga, ¿usted cree que yo soy necesario para esta región, sí o no? Esta es la pregunta que yo haría siendo joven: ¿usted cree que yo soy necesario o no? Si cree que no soy necesario, pues puede usted hacer discursos grandilocuentes, prometiendo: haré, no sé qué y tal y cuál. Ahora, ¿usted cree que soy necesario o no? Y yo tengo la sensación de que los jóvenes de hoy día, no solamente de Extremadura, de España, de Europa, consideran que no son necesarios para la sociedad. ¿Sabéis por qué? Porque hemos entrado en una forma de vivir, en una cultura que indica que todo aquello que no sirve aparentemente, no se necesita. No se necesita. Y se tira, lo que no vale, lo que no vale, lo que no es útil, se tira. Y, aquí que hay mujeres ya con una cierta edad, como la mía, saben que antes esa forma de vivir, de valorar las cosas, era diferente. Las cosas se mantenían, se tenían porque servían y zurcíamos los calcetines, no solamente porque faltara dinero, sino porque..., o arreglábamos un vestido porque servía, nos servía. Y hemos cambiado la cultura de que lo que no sirve, se tira. Es usar y tirar. Comprar, usar y tirar. Da lo mismo que sea nuevo que viejo, da lo mismo. Hay veces que dices: hombre, un abrigo viejo se tira, ¿y un teléfono móvil que ha sonado antes por ahí, que solamente tiene tres meses y se tira porque ha salido uno nuevo que tiene cuatro cosas más? Este no es viejo, el que compré hace tres meses no es viejo, es nuevecito, se tira, ¿por qué? porque éste ya no me sirve, el que me sirve es el otro, que da más prestaciones.

Y eso que trasladamos a las cosas materiales, también, las trasladamos mentalmente, muchas veces, sin darnos cuenta, a las personas. Y decimos: bueno, los jóvenes, al final, ¿para qué sirven? solamente dan problemas, exigen, piden, protestan. Bueno, pues si no sirven para mucho, no les hagamos mucho caso. Y el joven tiene la sensación, puede llegar a tener la sensación, de que no es necesario en esta sociedad, de que no es necesario. Y cuando el joven llega a la conclusión de que no es necesario para esta sociedad, entonces, vienen los problemas en la sociedad, vienen los problemas.

Así que yo lo que quiero es decir: oiga, queridos amigos y amigas, esto que hacemos no es solamente para que tengáis un instituto mejor, esto que hacemos es para que sepáis que, por lo menos para mí, sois absolutamente necesarios. Necesarios. Porque si esta región hubiera tenido hace veinte o treinta años jóvenes como vosotros, con la preparación que vosotros estáis adquiriendo, esta región sería otra, ésta región sería distinta, sería diferente. Pero como nos robaron a mucha gente joven, a mucha gente joven, nos la robaron, que se fueron, que se fueron al campo sin ningún tipo de formación, pues entonces, ahora, tengo la enorme posibilidad de decir: por fin encuentro un pozo donde hay agua, donde hay agua, y quiero que el agua sea lo más pura posible, la mejor y, por eso ponemos ordenadores. Pero no para aprender a manejar los ordenadores, eso lo aprendéis rápido, en un día sabéis manejar los ordenadores porque tenéis la cultura digital. No, no, para que aprendáis que hoy el mundo no tiene fronteras. Que el mundo no tiene fronteras. Y que no hace falta salir de Navalvillar de Pela para estar en Japón, dentro de cinco minutos, a través del ordenador. Y para que sepáis que hay otro mundo, otra forma de ver la vida y otra forma de ganarse la vida. Para eso lo hacemos, y para que sepáis que se puede dar otra formación distinta y diferente.

Mirad, yo sé que hay gente que todavía, incluso educadores, profesores, que todavía se resisten a esta nueva forma de entender la educación, pero os pongo un ejemplo: Si hoy día, hoy, aquí apareciera resucitado un médico del siglo XIX, un médico del siglo XIX, y fuera a un hospital de los que tenemos y entrara en una sala de cirugía, en un quirófano, diría: yo..., esto no es lo que yo..., esto no es un hospital, porque él estaba acostumbrado a otras cosas y de pronto ve allí una máquina, unos láser que te operan la catarata en tres segundos, ¿esto qué es?, ¿esto no tiene nada que ver? Diría: oiga, la operación siempre se hace con bisturí. Bueno, pues ya no. O diría: que me hagan una radiografía, ¿cómo radiografía, hombre, si ya entra usted en un Tac, en una resonancia magnética y le analizan desde la punta del pelo a la punta del dedo. No entendería nada. Pero, ahora, hagamos resucitar a un maestro del siglo XIX, y aparece un maestro del siglo XIX. Y va a cualquier instituto o a cualquier escuela y diría: esto es un instituto, esto es una escuela. No ha cambiado nada, siguen estando las mesas, los alumnos, la pizarra, la tiza y el profesor. Exactamente igual, exactamente igual que en el siglo XIX. Con una diferencia: que ha cambiado todo, radicalmente, todo, todo ha cambiado, menos las escuelas que no cambian nada. Y hay profesores que quieren seguir dando las clases como en el siglo XIX y se resisten algunos, incluso escriben cartas en el periódico, diciendo: no es posible que me ponga usted ordenadores en las escuelas, esto es como tener un coche y no tener carnet de conducir, dicen algunos.

Hombre, yo comprendo que la tecnología, lo nuevo, siempre asusta. Cuando se puso el primer ferrocarril en España o en Estados Unidos, la gente le tiraba piedras al tren, le tiraba piedras porque les asustaba: ¿esto cómo es posible, por el medio del

campo un tren moviéndose, una cosa ahí, moviéndose? Siempre asusta la tecnología, siempre, siempre asusta. Pero ante la tecnología uno se puede enfrentar de dos formas, uno puede decir: yo tengo un coche y no tengo carnet de conducir y me voy a sacar el carnet de conducir, pero como sé que no me gusta conducir y sé que el coche no lo puedo ni ver, pues no voy a aprobar nunca el carnet de conducir, porque no me gusta. O uno puede decir: tengo el coche aquí, me voy a sacar el carnet de conducir, con toda la ilusión, para aprender cómo funciona esto y cómo se conduce esto. Esas son las dos posibilidades que hay. Y hay educadores que van con la primera actitud, es decir: yo nunca voy a aprender. Y hay educadores que van con la segunda actitud: esto lo voy a aprender yo rápidamente. Y me molesta un poco que algunos digan: oiga, no nos ponga usted ordenadores en las clases, que no sabemos cómo funcionan. Y el teléfono móvil, ¿quién le ha dicho cómo funciona? Y qué pronto lo ha aprendido, ¿verdad? Y sabe mandar mensajes y sabe dar toques y sabe hacer muchas cosas, ¿quién se lo ha enseñado? Nadie, usted lo ha aprendido solo ¿verdad? Pues tiene obligación de aprenderlo, no solo con los cursos que da la Consejería de Educación, porque estos muchachos necesitan aprender en función de las nuevas tecnologías para el nuevo mundo que está poniéndose delante de nosotros.

Mirad, ahora voy a ir a la central hortícola. La habréis visto, seguramente, muchos: unos invernaderos, un cultivo bajo cristal. Fijaros si los agricultores dijeran: oiga, no, yo ¿cómo pimientos, pimientos bajo cristal? Si esto no se ha hecho nunca, el pimiento en el campo y al sol. No, no, no, bajo cristal. Y con un ordenador, con un ordenador que dice cuánta agua tiene que entrar, que dice cuánto nitrato, cuánto fosfato, cuánto no sé qué y unas calderas que dicen cuánta temperatura tienen que tener. Ese es el mundo. Es que por ahí va el mundo y el que no quiera entrar en eso se queda para atrás que, por cierto, es lo que nos pasó a nosotros con la revolución industrial. Cuando se empezaron a poner en Europa y en España máquinas, a hacer acero, a hacer tejidos, etc., etc., nosotros no tuvimos aquí ni una máquina, ni una. Y, como no había máquinas, la gente nuestra, desde Navalvillar de Pela pasando por cualquier pueblo, se tenía que ir a Barcelona, a Madrid, al País Vasco, a Suiza, a Francia, donde estaban las máquinas. Y, ahora, cien años después de aquello, cien, cien años después de aquello, yo estoy inaugurando fábricas de aquellas, cien años después. Es decir, vamos con cien años de retraso. Y a mí no me da la gana que ahora, que aparecen nuevas máquinas, una nueva revolución, tengamos que esperar otros cien años a que venga un presidente, dentro de cien años a decir: oiga, que hemos perdimos cien años. No me da la gana. Y esta revolución nueva la cogemos desde el principio y tienen que ser ellos, tienen que ser ellos porque os consideramos, repito, absolutamente esenciales y fundamentales para la sociedad.

Mirad, queridos alumnos, os lo digo con todo el corazón, lo que hemos hecho en estos veinte años en Extremadura lo hemos hecho una serie de personas que, si nadie se enfadara, yo diría que somos unos indocumentados, porque no hemos tenido oportunidades..., mirad, no había ni agua en los pueblos, ni luz, ni carreteras, ni formación. La mitad de la gente, más de la mitad de la gente, no había pasado por ninguna escuela y hemos sido capaces de hacer tantas cosas, tantas cosas, que ni siquiera podíamos imaginar hace veinte años. Tantas cosas. Pues, fijaros la ilusión que tengo si esto lo hemos hecho unos indocumentados con un valor y un coraje y un atrevimiento enorme, qué no seréis capaces de ser vosotros, que ya estáis documentados y cada día vais a estar más documentados y más formados. Y que ya no tendréis que empezar poniendo agua, ni llevando luz, ni acerando los pueblos, sino que ya tenéis todo hecho, ni poniendo carreteras, que no había una..., no había una

carretera, no había una carretera. No había una carretera. Pues todo eso lo hay, por eso yo creo que sí, yo os digo que sí de corazón, sois absolutamente necesarios, necesarios. Yo también tuve trece años pero, no tuvimos la oportunidad.

Así que hoy vengo a decir: damos a Navalvillar de Pela lo que hemos venido a inaugurar. Dentro de unos años vendré a cobrar, a pasar la factura, a pasar la factura. Y sé que la factura la vais a devolver con creces, con creces. Porque es verdad que tenéis unas posibilidades que yo estoy seguro que vais a aprovechar y que nosotros nos sentiremos muy orgullosos, porque, al final, los que estamos de esta parte del salón ¿qué es lo que queremos? que vosotros seáis la gente mejor de Extremadura, felices y, nosotros, entonces, diremos: coño, pues mereció la pena tanto esfuerzo, tanto sacrificio, tanta emigración, tanta desgracia, tanto llanto. Mereció la pena porque esta gente van a coger el relevo y son gente maravillosa. Así que, ese es el deseo, eso es lo que quiero y eso es lo que espero. Nada más y muchas gracias.

